

2-18-8-73

Francisco Antich e Izaguirre

72-7

10?

62

ABEL

ALBORADA

(POEMAS)

DE VENTA

En las librerías de: FE.—Carrera de S. Jerónimo,  
2.—Madrid; ROMO Y FUSEL—Alcalá, 5.—Madrid

PALMA

Imprenta y librería de las Hijas de J. Colomar

1896

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: \_\_\_\_\_

Estante: \_\_\_\_\_

Numero: \_\_\_\_\_

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15



ABEL

ALBORADA



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

NUMERO:

066 (62)



ABEL

ALBORADA



### PROTESTA

---

Cuanto en esta obra apareciere contrario á la fé católica ó á las buenas costumbres, doylo por no publicado.

EL AUTOR.



### ADVERTENCIA

---

El afán de usar metros *para mi* desconocidos me ha llevado á romper á *sabiendas* en algunos trozos de *Alborada* con lo estatuido por los preceptistas respecto á combinaciones métricas. Sirva de aviso á los que me han zaherido á veces tomando por mías garrafales erratas de los impresores.

R - 21.463

*Francisco Antich e Izaguirre*

---

ABEL

ALBORADA

(POEMAS)

PALMA

*Imprenta y librería de las Hijas de J. Colomar*

1896



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

### VERSO

### PROSA

#### Publicadas

*El libro de mis cantares.*

*Utopía.-Tentación.-*(novelas). P. Torrella, editor.—Ilustraciones de F. Gómez Soler.—pescetas 1'50.

#### NERVIOSAS

1.<sup>a</sup> serie.

2.<sup>a</sup> » I de la de los

MIL SONETOS.

#### CONFERENCIAS

*La unidad en las Ciencias físico-químicas.*

*Critica de la andlisis de una orina patológica.*

#### En prensa

*La Carne* (novela). P. Torrella, editor.—Ilustraciones de Xaudaró. Pescetas 1.

*Recelos* (novela comprimida, con ilustraciones) P. Torrella, editor. Pescetas 0'10.

#### Inéditas

*Cantares.*

#### NERVIOSAS

3.<sup>a</sup> serie II de la de los  
MIL SONETOS.

4.<sup>a</sup> » III » » »

12.<sup>a</sup> »

13.<sup>a</sup> »

*Caribdis* (drama).

*Pelayo ante Covadonga*  
(monólogo).

*Lázaro* (poema).

*Jocosas.*

*Desde la cazuela.*

*De colada* (*La Gramática en la paila*).

*Tres dramas* (drama).

*Catorce cuentos.*

*Delicadexa* (novela comprimida).

#### NOVELAS

*Purgatorio.*

*En danza.*

*Luz Fernandez.*

*Los dos amantes y el loco*  
(pieza).



# ABEL



CANTO I



IDILIO

I

Con la gracia de Dios en la hermosura,  
Vestido de blancura  
Y pequeño cual nido de paloma,  
Mirándose del mar en el espejo,  
Reclinase Vencejo  
Sobre la falda de verdusca loma.

II

Las pescadoras barcas en la orilla  
    Hunden la esbelta quilla  
Cual aves prontas á tender el vuelo;  
Con la brisa las aguas se adormecen  
    Y apenas si se mecen  
Sus ondas, tan azules como el cielo.

III

Presurosos acuden á la arena  
    A emprender la faena  
Que ha de darles el pan, los pescadores,  
Pues como ya en el cielo el sol desmaya,  
    Fuerza es dejar la playa  
Antes que el sol oculte sus fulgores.

IV

Las mujeres trabajan sin reposo;  
    Quién ayuda á su esposo,  
Quién á su padre, débil anciano;  
Sólo descansan viendo ya en sus puestos,  
    para remar dispuestos,  
Con el esposo, al padre y al hermano.

V

La antorcha de la Fe en sus pechos arde,  
    La oración de la tarde  
Que se eleva á la Virgen sin mancilla  
Anuncia la campana de la aldea,  
    Suspende la tarea  
Y brotar hace la oración sencilla.

VI

Sobre el espacio azul la noche en tanto  
De sus pesares tiende el negro manto;  
La brisa que, al pasar riza la espuma,  
Hinche con su alentar la blanca vela  
    Y la flotilla vuela  
Hasta perderse allá, tras de la bruma.

VII

Estréllase en la roca el oleaje,  
    Y en el himno salvaje  
Que sin cesar al cielo el mar levanta  
Como eterna expresión de vasallaje,  
Hay no sé qué de mística belleza,  
De misterioso ritmo que me encanta,  
    De insólita grandeza.

VIII

Moviendo la cabeza  
Rizada por la brisa juguetona,  
Yá, tan humilde como un niño, reza;  
Yá ruge y se encabrita  
Si el vendaval la agita  
La crespá cabellera de leona.

IX

Bella y horrible al par, ella en el alma  
Retrata fidelísima la calma  
Que da la muerte á quien morir desea;  
Con el cielo compite en hermosura  
Y el Dios que la formó, desde la altura,  
Mirándola embebido, se recrea.

X

Sobre la fresca alfombra su pié breve,  
Envidia de la nieve,  
Imprime una doncella pudorosa.  
En los castos anhelos que la agitan  
Parece que, oprimiéndose, palpitan  
Mundos de poesía misteriosa.

XI

Sus ojos dirigidos al espacio  
Do tienen su palacio  
De rutilante lumbre las estrellas,  
Dan á su rostro tal melancolia,  
Que decirse podría  
Que su consuelo todo guardan ellas.

XII

Con el aire afanoso del que aguarda,  
Temblorosa, suspira y «¡cuánto tarda!»  
Su dulce voz exclama con anhelo,  
A tiempo que, la sombra inoportuna  
Destruyendo, la luna  
Surge del mar iluminando el cielo.

XIII

El rostro de la niña en luz se baña;  
Siente alegría extraña  
La luna contemplando; su alborozo  
Da rayos de esperanza á su pupila  
Y en sus labios vacila  
Una sonrisa, dulce cual su gozo.

XIV

¡Oh, bella noche, del silencio cuna,  
    Cuán plácida en tu luna  
El alma enamorada se extasia!  
Encubres al amor con denso velo  
Y mimándole en él, le das un cielo  
De soledad, misterio y poesía.

XV

En tus sombras la pena se adormece,  
    En tus auras se mece  
La palabra de amor más amorosa  
Y halla en tu seno paz rogocijada  
    El alma fatigada  
De luchar de la vida con la prosa.

XVI

Aun á la orilla más se acerca Juana,  
    ¡Cómo en calmar se afana  
Intensa agitación su alma sencilla  
Viendo sobre las olas deslizarse  
Y á la playa, poética, acercarse,  
Rauda como el deseo, una barquilla!

XVII

Un mozo la dirige;  
No tan seguro rige  
Su brazo el remo desde viera á Juana;  
Mirale absorto y casi en un peñasco  
Se hace trizas el casco  
La barquilla, que á tierra toca ufana.

XVIII

Resplandece en sus rostros la alegría  
Y óyese un «¡Juana mía!...»  
Pronunciado en voz baja y temblorosa,  
Por ella contestado  
Por un: «¡Cómo has tardado!  
¡Qué malo es esperar! Ya estaba ansiosa...»

XIX

Para escapar es vano lo que intente  
Lo sorprendida Juana y en su frente,  
Tras de un abrazo, sufre ardor extraño;  
Mas el joven la deja arrepentido  
Oyendo, conmovido:  
«¡Qué me ahogas, Andrés, que me haces daño!»

XX

Pequeñita era Juana y delicada  
Y á su Andrés enlazada  
Parecía un rosal ceñido á un roble,  
Muy gallardo era el joven e impetuoso,  
Pero al par muy honrado y respetuoso  
De simpática faz y de alma noble.

XXI

Se aparta presurosa  
La niña ruborosa,  
Dejando á Andrés en confusiones preso.  
¡Con qué atractivo brilla su hermosura  
Cuando triste murmura  
—¡Qué atrevido y qué cruel!.. ¡Cuán poco seso!

XXII

—Pero, Juana, por Dios, no seas terca;  
Estábamos tan cerca,  
Que no se hubiera un santo contenido.  
—¿Prometes no volver? —Nunca he jurado...  
—¡Jurar! ¡Qué horror! ¿No sabes que es pecado?  
Nunca jures... —Pues bueno: prometido.

XXIII

De tan sencillo modo hacen las paces;  
¡Nubecillas fugaces  
Disipadas al soplo del cariño,  
Travesuras de Amor, que no sosiega,  
Que con las almas se solaza y juega  
Como jugar se suele con un niño!...

XXIV

Con el amor ¡qué bella es la existencia!  
En paz con la conciencia  
Y sintiéndose amada, el alma goza  
De insólita quietud; cuando se ama  
Cual quiere Dios, la vida es una llama  
Con la que alegre la ilusión retoza.

XXV

Con su Andrés entra Juana en la barquilla  
Y abandonan la orilla  
Buscando de los mares el misterio,  
Pues al amor le estorba hasta el suave  
Aleteo del ave  
Y le place la paz de un cementerio.

XXVI

Blandamente mecidos por las olas,  
Con su cariño inalterable á solas  
Y en la confianza que el amor inspira,  
No temen la mirada inoportuna,  
Pues la discreta luna  
No dirá nada, aunque es curiosa y mira.

XXVII

De la tierra perdida la memoria,  
El venturoso Andrés se ve en la gloria  
Donde reina el amor y no hay mujeres.  
Al rostro de la niña el suyo junta,  
Por la emoción temblando, y la pregunta:  
—Sin engañarme, Juana, dí, ¿me quieres?

XXVIII

—¡Que si te quiero! —le contesta Juana,  
Roja como la grana—  
¡Tonto! ¡Pues si lo sabes demasiado!...  
—Entonces ¿cómo impides que te bese?  
Mi único anhelo es ese...  
—¿No lo sabes aún?... : Porque es pecado.

XXIX

¡Santo temor de Dios! ¡Pura inocencia,  
Lumbre de la conciencia,  
Guardián celoso de la Fe sencillal...  
Pór ti la casta virgen se recata  
Y por tu celo la bruñida plata  
De su pureza brilla.

XXX

Tan junto á la de Andrés está su boca,  
Nido de amor, que casi se la toca;  
Siente en sus labios delicioso fuego  
Y poderosa tentación la agita  
Pero la vence valerosa y grita:  
—¡Apártate, por Dios!... Yo te lo ruego...

XXXI

Junto á la quilla tú... Yo aquí en la popa,  
Ni aun me toques la ropa;  
Sólo estaré tranquila al ser de día...—  
El mancebo la mira con ternura  
Suspirando, obedécela y murmura:  
—¡Por qué Juana eres mía y no eres mial...

XXXII

Meditabundo quédase un instante,  
Mirando al mar. Mas luego su semblante  
Se anima y, sonriendo muy gozoso,  
Dice: ¡«Ay, tonto de mí, que me olvidaba  
Lo que más importaba...  
Vén, que vas á oír algo muy sabroso.»

XXXIII

Ella antes de acercársele, vacila;  
Se le acerca tranquila  
Y al saber lo que es, se inmuta toda,  
Se enciende en roja llama  
Y, alborozada, exclama:  
—¡Virgen Santa, qué bien!...¡Tendremos boda!..

XXXIV

¡Cómo eso pudo habérsete olvidado?  
—¡Cómo ha de ser!.. Ya sabes que á tu lado  
Se me va el santo al cielo, Juana mía...  
—Acércate y verás como en mi pecho—  
Dícele ella —retoza satisfecho  
El corazón henchido de alegría.

XXXV

Y así diciendo, posa  
Su mano temblorosa  
Sobre el púdico seno, que se exalta;  
Siente él a través de ella el movimiento  
Y con sentido acento  
—Tienes razón—la dice—¡Cómo saltal...

XXXVI

Hablan luego y arrullos se prodigan.  
¿Qué queréis que se digan  
Dos almas que se quieren con locura!...  
Las horas plácidas,  
Aladas y ligeras,  
¡Cómo corren!... ¡La paz cuán poco dura!...

XXXVII

Coquetea la barca con el agua;  
Los ensueños que fragua  
De la pareja la exaltada mente  
Con la ilusión dorada coquetean;  
¡Qué hermoso, oh, despertar, estás ausente!...  
Dulce ha de ser soñar eternamente  
Si los sueños recrean.

XXXVIII

Por halagüena brisa acariciados,  
Dejan, embelesados,  
Que arrastre la ilusión sus pensamientos  
Como por la corriente es arrastrada  
La misteriosa barca, abandonada  
Al azar de las olas y los vientos.

CANTO II



SOMBRA

I

—No te enojés, Andrés; te lo he ocultado  
Por no verte enfadado;  
Mas ya que has de saberlo, pronto sea:  
Marcelo me persigue y el muy necio,  
Aunque el impulso de su amor desprecio,  
En seguirme los pasos se recrea.

II

Tal dice la doncella. Andrés se inmuta  
Y cual la fiera hirsuta  
En el lento estertor de la agonía,  
Álzase y ruge, á la prudencia agravia  
Y grita, descompuesto por la rabia:  
—¡Él te ha enojado y vive todavial...

III

—Por Dios y por tu madre te lo pido:  
Su locura, Andrés, echa en el olvido,  
Tén caridad de una mujer que llora...  
Piensa lo que sería de tu Juana  
Si la justicia humana  
Te reclamase un día acusadora.

IV

—No, que le mataría en franca lucha;  
Su cobardía es mucha;  
Pero el odio á mi vida la supera;  
Doquiera que se oculte iré á buscarle  
Y juro á Dios que si consigo hallarle,  
Le mataré lo mismo que á una fiera.



V

—¡Pero si él ni á un pelo me ha tocado!...  
Sólo, y con timidez, me ha requebrado.  
—Y es osadia tal la que me inquieta,  
Pues sabiendo Marcelo que eres mía,  
Respetarte debía  
Como á la Virgen Santa se respeta.

VI

—Ya que para tu Juana sólo vives,  
Deseo que le esquives  
Si llegas á encontrarle en tu camino...  
¿Acaso con su necio espionaje  
Y con las muestras de su amor salvaje  
Tus celos ha irritado Marcelino?

VII

—¡Que si dudo de tí... ¡Si tengo celos!...  
¿Los tiene de los cielos  
Dios, que los cielos tiene por semblante?  
Celoso estar de tí fuera ofenderte  
Y antes mil veces sufriré la muerte  
Que dudar de tu amor un solo instante.

VIII

—Pues si tanto me quieres, dame gusto;  
¡Son tan grandes las penas de mi susto!...

—Aumentas el peligro. No te alteres,  
Juana, lo que me pides no es posible;  
    Pideme algo factible...

—Que es imposible dices... ¡y me quieres!...

IX

Y bañadas en llanto las mejillas,  
    Cayendo de rodillas,  
Se abraza á las de Andrés con mil anhelos.  
El mancebo por fin su furia doma  
Y vence al fin la cándida paloma  
A la fiera irritada por los celos.

X

—Impune quedará su acción villana  
(¡Que esto prometal...). Haré tu gusto, Juana,  
Aunque le odio y es el trance duro.

—Conque ¿no le harás caso si te reta?

    —¿Quieres que lo prometa?

—Prometérmelo es poco —Pues lo juro.



XI

Las sombras se disipan. Alborca...  
Los gallos de la aldea  
Mandan al nuncio día sus clamores;  
Iniciase en la plaza el movimiento  
Y en el anullo de propicio viento  
Retornan á su hogar las pascadines.

XII

Juana y Andrés, la barca á traza veda,  
Con dterredres de praliga cauteza,  
Esquivan las miradas de la orilla  
Y á unas veces distantes y distantes  
Dirigen antelantes  
El rumbo de la algeza barquilla.

XIII

La dicha siempre fue voluble y vana.  
¡Con qué tristezas Juana  
En las manos de Andrés las ojas de día!  
Y pensando en la ausencia de aquel día,  
¡Qué párida y moza la noche cobla  
En su resto de virgen ser rebaja!

XIV

Trás la dicha el dolor: Tal es la vida;  
Los dolores de tierna despida,  
Sufren, en tierra ya, los dos amantes  
Y del pinar cercano en la espesura  
De la envidia la hiel un hombre apura  
Con ojos chispeantes.

XV

Nótale Andrés; concibe una sospecha  
Y en tempestad deshecha  
Desata su furor, mal contenido;  
Miranse frente á frente ambos rivales  
Y mándanse venenos y puñales  
En miradas de un odio reprimido.

XVI

—¡Recuerda, Andrés, por Dios, tu juramento!  
Dice exhausta de fuerzas y de aliento,  
Sujetando al marino, la doncella.  
—Que te lo cumpla me prohíbe el mundo—  
Grita Andrés, iracundo,  
Luchando en vano por librarse de ella.

XVII

Llora la niña... Al fin venció su empeño...:  
El iracundo ceño  
Depone Andrés y dice despechado:  
—Desde hoy me mirarán como un cobarde...  
¡Qué vergüenza!... No importa. Hasta la tarde,  
Juana... Te he hecho llorar... Soy un malvado...

XVIII

Y apártase ligero de la orilla  
Mirándola y de piés en la barquilla,  
Dejando el corazon en tierra preso.  
Con llanto de placer, sobre una roca  
La doncella, en su boca  
Los dedos pone y le dirige un beso.

CANTO III

---

D R A M A

I

Parece que estaciona su carrera,  
    Cuando mucho se espera,  
El tiempo, mas no pára y el gran día  
Tuvo al fin que llegar. Andrés y Juana  
Se casarán, mediante Dios, mañana  
Y están hoy ambos locos de alegría.

II

Marcelo, devorando su despecho,  
Rugir como un león dentro del pecho  
Siente la tempestad de su coraje;  
Su corazón es roca combatida  
    Por la brusca embestida  
Y el continuo vaivén del oleaje.

III

La vida es un contraste continuado:  
El amor por un lado,  
Los celos por el otro, en lucha incierta...  
Juntas duermen la pena y la alegría  
Y, en nuestra alma, al despuntar el día  
La misma causa á veces las despierta.

IV

Lo que á uno le calma á otro le inquieta;  
Nunca hay dicha completa  
Y es tener corazón tener desgracia.  
Cuando de la pasión se siente el yugo,  
La vida es un verdugo  
Que de hacernos sufrir jamás se sacia.

V

¡Cuánto un recuerdo á veces nos tortura!  
Recordando el mancebo de su infancia  
La mística fragancia,  
Siente aumentar por Juana su ternura.  
¡Cuántas veces triscaron por la aldea,  
Tras de la misma idea:  
Las manzanas robarle al señor cural

VI

¡Cuántos besos la daba que, inocente,  
Sin temor á los dichos de la gente,  
Le devolvía Juana cariñosa!...  
Hermosa es de la vida la mañana  
    Como fruta temprana  
Incitante, rosada y aromosa.

VII

Un inocente lazo les unía  
    Cuando la infancia huía;  
Mas un día á Andrés vieron y en el punto  
Ella se fué tras él de amores llena  
Y á Marcelo la angustia de su pena  
Pálido le tornó como un difunto.

VIII

Desde el instante aquel, ¡cuántos dolores,  
Como la niña, según él; traidores,  
Luchando en vano, padeció Marcelo!  
Pero nadie más de él se burlaría;  
    Su venganza sería  
Grande como su amor y como el cielo,

IX

Anochece. Ya Juana, ruborosa,  
Se oye llamar esposa  
Por Andrés, que la mira embelesado;  
Ya, seguidos de alegre muchedumbre,  
Descienden de la ermita y de la cumbre  
En que el feliz enlace se ha efectuado.

X

Marcelo, por huir de la alegría  
Que en las entrañas del lugar bullía,  
Cediendo de sus iras al empuje,  
Se agita en una gruta apesarado  
Cual león desarmado  
Que entre cadenas ruge.

XI

Un barquichuelo, de azahar y rosas  
Y cintas primorosas  
Engalanado, mécese en la orilla;  
Los pañuelos, con suave movimiento,  
Dicen adiós y regalado viento  
Empuja dulcemente la barquilla...

XII

Van á Icrea, que se halla en un islote  
A que muy presto el adornado bote  
Arribará, si quiere un remolino  
Que ha devorado ya más barquichuelos  
    Que spiritus los celos  
Y horas de pesadumbre un asesino.

XIII

Ya es de noche. Se encrespa el oleaje  
    Y «esposos, ¡feliz viajel»  
Parece que les grita la tormenta  
Con voz en que rebulle la ironía,  
Pero en un pecho, en una gruta, habia  
Un vendaval mayor, según se cuenta.

XIV

Sin que le cause su temblor sonrojo,  
    Andrés, que de su arrojo  
Donoso gala hiciera en mil borrascas,  
Tiembla como una niña; pierde el tino  
Casi en el borde ya del remolino;  
Túrbale la agonía con sus bascas;

XV

—Por tí, Juana del alma sólo temo—  
Dice lloroso, abandonando el remo  
Y una oración á Dios reza contrito:  
«¡Socorro!» en vano grita desalado;  
    Su grito es sofocado  
Del vendaval furioso por el grito...

XVI

Llévale al remolino golpe rudo;  
    Mas otro del embudo  
De perdición le aparta; Juana llora;  
Vese una luz brillar no muy distante  
Y «¡ah del botel.. ¡Socorro!.. ¡Hacia Levantel..»  
Solloza Andrés con voz desgarradora.

XVII

No hay esperanza ya. Rotas las velas,  
    Inútiles cautelas  
Emplea Andrés, cansado y abatido;  
De su Juana la voz no le conforta  
Que está su vida absorta  
En la luz que brilló. ¿Le habrán oído?...

XVIII

Golpe de mar furioso al bote lanza  
Cerca de la esperanza;  
Llegan al otro bote:  
La salvadora lancha es de Marcelo...  
Hay días en que el cielo  
Se convierte del hombre en un azote...

XIX

«Sólo por mi rencor dejé la playa—  
Grita Marcelo —y por poner á raya  
Por que más no me corra, tu desprecio.  
Vengo por Juana y Juana ha de ser mía;  
Ella antes me quería;  
Yo podré un triste ser, pero no un necio.»

XX

Cae Juana en el bote desmayada;  
Lucha desesperada  
Entáblase y Marcelo, que, mañoso,  
Un cuchillo sacara, forcejea  
Por en el pecho hundirselo al de Icrea  
Que arrancárselo logra victorioso

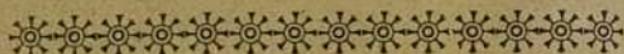
XXI

Y arrojándolo al mar con santo celo,  
Dice, mirando al cielo:  
«Cumplida queda la venganza mia.»  
No de otro modo á Jesucristo plugo  
Salvar á un su verdugo  
Allá cuando en el Gólgota moria.

XXII

«¡Vivan los novios!»— gritan los de Icrea  
Y Andrés mira á su aldea,  
Del vendaval perdida la memoria,  
Bien así como el alma adolorida  
Mira tras los embates de esta vida,  
Que se la abren las puertas de la gloria.

ALBORADA



1

Llovia... ¡Qué odiosas  
Son las nubes negras!...  
Son la noche en el día, la imagen  
De todas las penas,  
Nubes enlutadas,  
Del viento en los senos huid, porque os odio  
Con toda mi alma.

—

Vierten sobre el mundo  
Sus sombras plumizas  
Y, pesadas, parece que caen  
Sus moles malditas...  
El mundo reflejan:  
Si en sus senos escóndese el llanto,  
También en las penas.

Era un día triste,  
De plumizas nubes,  
De esos en que, heridos, los recuerdos lloran  
Cuando el viento ruge;  
Setiembre agotaba  
Del muriente verano achacoso  
Las pródigas galas.

---

Las postreras flores  
Mirábanse tristes  
A través de los pámpanos rojos  
De las verdes vides,  
Y el áureo racimo  
Se limpiaba del polvo grisáceo  
Con el célico llanto perlino

---

Llovía cual llueve  
Cuando el mundo parece que borran  
Esos hilos tenues  
Que simulan azotes del ábrego  
Sobre el mundo inerme.

Bajo el verde dosel de una gruta  
Que de un monte se muestra en la falda,  
Como pájaros muertos de frío,  
Guarécense un joven y una niña blanca.  
Cuyas rubias trenzas  
Una rosa purpúrea engalana.

Son primos. Se adoran.  
Ella muestra en sus ojos la dicha,  
Él, la pena de tristezas hondas.  
Salieron por uvas  
Y al estarlas comiendo en un prado,  
Cogióles la lluvia.

Desalados, corrieron, ansiosos  
De seguro asilo;  
Yá los pájaros todos habían  
Volado á su nido;  
Y al mirarla, corriendo, el airoso  
Revuelto cerquillo,  
Sollozando pensaba Leopoldo:  
«¡Qué hermoso, Dios mio!»—

Oyóse un disparo;  
A sus piés, de la copa de un cedro,  
Cayó muerto un pájaro.  
Y pensó Leopoldo:  
«Ni aun tranquilos os dejan si llueve..  
¡Ay, que de igual modo  
Le es lo mismo al rigor de mi pena  
Diciembre que Agosto!...»

—  
Por fin divisaron  
La florida gruta  
Y entraron en ella  
Con las ropas húmedas,  
Y hubo más de un árbol  
En que envidia de verles tan bellos  
Tuvieron los pájaros.

—  
Formó un lecho ella  
Con la verde alfombra,  
Que esmaltaban mil rojas y pálidas  
Y azules corolas,  
Y las trenzas rubias

Al tocar el césped,  
Presentóse el contraste bellissimo  
Del oro y el verde.

---

Se apartó Leopoldo;  
Derramó diamantinas dos lágrimas,  
Desviando el rostro  
Y escondió su mirada y sus penas  
En el túpido velo lluvioso.

---

Con placer, por el sol agostada  
La tierra rojiza  
De los hilos de lluvia el azote  
Besaba y bebía,  
Maldiciendo el ardor de la pródiga  
Ardiente canícula.  
Así los que gimen  
Cuando su alma las penas agostan  
El llanto reciben.

---

En las anchas grietas  
Transparentes entrando las aguas,

Salian sangrientas.  
Así los mortales  
Por vengarse, sus lágrimas tienen  
En próxima sangre,  
Y llorar no es nuevo,  
Por de fuera con gotas de llanto,  
Con sangre por dentro.  
¡Cuán exacto es que somos de polvo!,  
Porque el hombre y la tierra parecen  
Como á un muerto en la tumba Leopoldo.

Llamóle Teresa;  
Cariñosa, le dijo: «¡qué malol...  
Me ocultas tus penas»  
Y en su diestra de seda y de rosa  
Reclinó la dorada cabeza.

Secóse él las lágrimas;  
La miró con los ojos aun húmedos  
Y risa forzada  
Y al decirla: «¡yo penas! ¡qué local...»  
Sus amores maldijo con rabia.

«Pues ¿por qué suspiras?»  
Con la angustia pintada en los ojos,  
Insistió la niña,  
Y á las negras nubes  
Dirigieron miradas ansiosas  
Sus ojos azules.

Calló él vacilante;  
Se miraron un rato confusos  
El hombre y el ángel;  
En germen ahogóse  
La invención con que quiso esconderla  
Sus penas el joven;  
Y él tornó á sus lágrimas  
Y del cielo llegaronle otras.  
En húmedas ráfagas.

Corrió ella á su lado;  
Con un pañizuelo que olía á jazmines  
Enjugóle el llanto;  
Le miró á los ojos  
Y le dijo con voz que era un mimo:  
«¿Qué tienes, Leopoldo?»

Con palabra tan mustia como hoja  
Del árbol caída,  
Contestóla el cuitado: «un secreto  
Que decirse no debe á las niñas;  
Mas no, que te engaño,  
Que me apena el pesar contagioso  
Que en sus nidos oculta á los pájaros.

—  
¿No te pasó nunca  
Deshacer tus placeres en lágrimas  
Cuando el cielo deshácese en lluvia?  
Y así la infelice,  
Chispéando en su tono el reproche  
Y el disgusto gimiendo, le dice:  
«¡Si es mi gusto más grande que llueva!  
Yo nunca estoy triste,  
Porque tú me quieres  
Y Dios y la Virgen.

—  
El misero joven  
De este modo insiste:  
«¡Jamás una angustia

De esas que en misterios ocultan su origen  
Amargó tu pecho?»  
Y de nuevo dícele  
Con amargo tono la angustiada niña:  
«Tú siempre sollozas... Yo nunca estoy triste,  
Porque tu me quieres  
Y Dios y la Virgen.»

—  
El pobre mancebo,  
Sollozando, insiste:  
«¿Jamás una pena de esas que inventamos  
Al vernos felices  
Puso en tu existencia ni un punto de sombra?»  
Y ella le repite,  
Y en su tono solloza el despecho:  
«Yo nunca estoy triste,  
Porque tú me quieres  
Y Dios y la Virgen.»

—  
Y, de él se alejando,  
Se torna á su césped  
Y así piensa, entornados los ojos:

«¡Jesús, cómo mientel»  
Y al decirle el amor muy bajito:  
«¿Te engaña?...: Te quiere...»,  
Su mirada se anima y su alma  
De amor resplandece.

---

Con sus ojos, que son de los cielos,  
En color y en dulzura, magníficos  
Graciosos compendios;  
El brillante color de sus rubios  
Sedosos cabellos;  
La dulce sonrisa  
Que, confiada de hallar para el joven  
Mil consuelos, su rostro ilumina;  
Su cara de rosa; sus labios de fuego:  
Su aspecto de niña  
Y esa luz singular que en las caras  
Mujeriles angélicas brilla;  
Simula Teresa  
Los primeros albores del día.

---

Y, en cambio, el mancebo,  
Con la turbia mirada de mártir

Constante en los senos  
De las nubes más negras que lloran  
Pesares más negros;  
Con los bien divididos y hermosos  
Rizados cabellos  
Imitando en negrura y en brillo  
Las alas del cuervo;  
Muy negra la barba;  
Los ojos, muy negros;  
La expresión sepulcral en el rostro,  
De animado muerto,  
Del que inquieto trama  
Diabólico crimen;  
Del perfil, arábigo;  
Del color, etiope;  
El pesar simula  
De una de esas noches  
En que no hay estrellas ni brilla la luna.

—  
Despréndese ella  
De sus trenzas rubias,  
Con sus niveas manos  
La rosa de púrpura;  
La mira; la besa;

Se embriaga en su aroma;  
La acaricia un instante y la deja;  
Vacila; al cuitado,  
Galana, se acerca;  
Al pensar en que aun no ha ido á pedirsela,  
En sus labios solloza una queja  
Y él, ¡oh, asombro!, al mirarla á su lado,  
Con esquivo ademán huye de ella.

Se asusta la niña  
Cual si el pobre mancebo se hubiese  
Transformado en mil sombras fáticas,  
Ó bien de algún árbol  
Hubiesen salido, volando, ruidosos  
Negruzcos endriagos.  
Del joven se aparta;  
Se torna á su césped;  
La rosa de púrpura  
De nuevo se prende  
Y, ocultando el rostro,  
Su rostro de nieve;  
La color, pérdida;  
La ilusión, perdiéndose;  
La mirada, torva y en los rojos labios

Hincados los bellos marfilicos dientes;  
Su amor, ofendido;  
Su altivez, muriéndose;  
Llorosa, iracunda;  
La esperanza, ausente...  
Mirando á Leopoldo,  
Sospecha si el misero  
Se habrá vuelto loco...

---

No dura un relámpago  
La esquivez del misérrimo joven;  
Corriendo á Teresa,  
Las manos la coge;  
De besos las cubre,  
Pidiendo perdonés;  
La niña sonríe,  
Su nublado espíritu se inunda de goces;  
«¿Por qué eres tan raro?—  
Le dice y entonces  
Los ojos del misero  
A su pena tórnanse,  
Y así la contesta:  
«Los días del que ama se pasan veloces;  
Espera unos días

Y salrás la causa de mis desazones.»  
Seguia tronando  
Y de un árbol, ¡qué necios!, -envidia  
Les seguian teniendo los pájaros.

---

Su dolor desahogaban los cielos  
Con el llanto núbico,  
De la tierra en los senos avaros  
Del célico jugo;  
Mas, ¡ay!, que en la niña  
Desahogar el misérrimo joven  
No puede sus cuitas...

---

Sobre un verde pino  
Doliase un pájaro  
Con las alas niveas,  
Herido, apedreado,  
Dos gotitas rojas  
En ellas mostrando...  
Y en la verde gruta  
Una niña vestida de blanco



De sus penas también se dolía,  
Con los ojos tristes, con el rostro pálido.

Oyóse un gran trueno,  
Parecido al bramar de un gigante  
Que tocara al cielo;  
Retembló la gruta;  
La corriente rojiza, arrastrando  
Mil flores menudas,  
Mil ramas terrosas,  
Mil brotes jugosos del verde más vivo,  
Mil mustias y finas y pintadas hojas,  
Lamiendo la gruta,  
Desbordándose un nada, llegóse  
A besar las plantas de la niña rubia,  
En cuyas botitas del color del oro  
Sembró en un instante  
Mil puntitos rojos...  
Así mancha á las veces al alma  
Del pecado el lodo...:  
Con puntitos muy sucios... ¡qué asco!,  
Pero muy hermosos.

Dos perros pasaron ladrando y corriendo  
Y allá, medio oculto por los sabinales,  
Sus tétricas notas esbozó un entierro.

Del pueblo no había  
Salido lloviendo;  
Cogióle la lluvia  
Del poblado lejos.

Mas si así no fuera, ¿quién mostrara asombro?  
¿Qué momento mejor para el acto  
Que aquel en que muestran su angustiado rostro

La llorosa tierra,  
Los cielos llorosos....

En que no hay una nota que ría  
Y, mustios, los ojos

Sin que lloren, parece que en llanto  
Deshácense todos,  
En que el mundo muéstrase  
Sombrio, caótico;  
Del perfil, confuso;  
Del pensar, filósofo;  
De esperanzas, lejos;  
De tristezas, pródigo;

¿Qué momento mejor, respondedme,  
Que aquel en que lloran Teresa y Leopoldo?

En la negra tapa,  
Con letras de oro,  
De tres iniciales  
Veíase apenas el perfil borroso...  
¡Misérias humanas!...  
¡Punzador anónimo,  
Que á la tumba llévanos  
Y en la tumba acógenos!...  
El cortejo no era muy grande  
Por lo numeroso  
Ni porque en él fuera  
Ningún nombre de esos que levanta el polvo  
Y al polvo levantan  
Y en polvo concluyen cuando no en el lodo;  
Sin luces los cirios;  
Con su capa negra cantando el vicario  
Sus cantos fatídicos;  
Ni un paraguas... Disgusto en los rostros;  
El pueblo, lejisimos;  
La tumba aun más lejos y el desierto campo  
Sin ningún asilo  
Que ni á siete ni á seis de los que eran  
Dar pudiera abrigo,  
Perdióse el entierro  
Por detrás de una roca, pelada

Cual la calavera de un gigante viejo.

Se acercó á la gruta,  
La muleta al hombro,  
Amarillo y sucio,  
Jorobado y cojo,  
Desgredado y tuerto  
Y el pelo de oso,  
Sin sombrero, de orejas asninas;  
Descalzo, haraposo;  
De brazos, muy luengo;  
De piernas, muy corto;  
De la frente, avaro;  
De los piés, muy pródigo,  
Con la enorme testa  
Muy erguida en prueba de extremado gozo,  
Picaresco el risueño semblante,  
Salpicado el rostro  
De mil muy profundas virulentas manchas,  
Un menudo monstruo.

Pasaba de largo,  
Los pequeños ojos

Fijando en Teresa  
Y haciendo á Leopoldo  
Con las manos un gesto de burla  
De lo más gracioso;  
Mas plugo al mancebo  
Detenerle un poco;  
Llamóle; acercarse  
No quiso el fenómeno;  
Retornó á sus burlas,  
Renqueando, afanoso,  
La muleta esta vez en su sitio,  
Tras un grito ronco  
Que asustó á la niña  
Y asustó á Leopoldo;  
Tras él fué unos pasos  
Sin miedo á las aguas el resuelto mozo;  
Le alcanzó en un instante y condújole  
De la gruta al asilo muy fosco;  
De este modo á las veces buscámenos,  
De la paz despreciando lo cómodo,  
Lo que el alma túrbanos  
Y en la angustia pónenos,  
Porque aquel vestiglo  
Causaba á Leopoldo,  
Indirectamente,

Sus pesares todos.

---

Figuróse el rapaz que á zurrarle  
Iria Leopoldo  
Por haberle hecho muecas y huído,  
Y así, tembloroso,  
Muy abierta la enorme bocaza,  
Muy cerrados los minimos ojos  
Y con mil arrugas  
Su nariz de trompo,  
Esperó que en su faz desahogara  
Sus furias el otro,  
Vacilando entre huir de la zurra  
Y á mordidas vengarse del mozo.

---

Mas ¡cuál no sería  
Su plácido asombro  
Cuando oyó que el mancebo exclamaba:  
«No temas... ¡Qué tonto!...»!  
Acercósele un poco Teresa,  
Con el susto aun pintado en el rostro  
Y su gracia (¡inocente sarcasmol)

Pregúntole al monstruo,  
Y en la gruta se oyó como un trueno  
Cuando dijo el muchacho: «*Pus Toño,*  
Aunque muchos me llaman á veces,  
*Celipe el Hermoso.*»

«¿Y por qué has salido  
Sin miedo á mojar-te?»  
Preguntó de nuevo  
La inocente niña con su voz de ángel.  
«*Pus* porque es cosa buena la lluvia  
Y siento en mojándome  
Un placer tan hondo  
Como Vd. y el señor no mojándose»  
Respondiòla *Toño,*  
Despidiendo truenos sus cuerdas vocales

«¿Acaso te mojas  
Y en ello hallas gusto  
Porque así te limpias,  
Ya que vas tan sucio?»  
Insistió muy curiosa Teresa

Y el *Hermoso* mirándola estúpido:  
«¡Si me limpiol... —la dijo —¡limpiarsel,..  
¡Qué cosa más nueva!... ¡Si será estar húmedos!..  
Y olvidando, risueños, sus penas,  
Se miraron dos ojos oscuros  
Y dos bellos ojos de color zafireo,  
Que el reir no respeta ni un túmulo.

—  
«¿Quiénes son tus padres?»  
Repuso la niña.  
«*Pus* un hombre rojo  
Y una enorme mujer amarilla»  
«¿Y de dónde eres?»  
Insistió ella después, y el granuja,  
Con envidia los ojos muy fijos  
En los débiles hilos de lluvia,  
Dijo á gritos: «De Púncioles, ¡córcholis!..  
¡Qué tantas preguntas!..  
¿Soy mono de *naide*?  
¡*Pus* basta de burlas...!»  
Y á la risa tornaron los jóvenes  
Y á olvidar el rigor de su angustia.

El truhanesco niño,  
De un descuido del joven ansioso,  
No apartaba la vista del agua,  
Que caía á chorros,  
Por un lado temiendo, si huía,  
Que en zurrarle empañarse el mozo;  
Deseando tornar á la lluvia  
Y á meterse en los charcos, por otro...  
Reparó que á Teresa miraba  
Como extático el triste Leopoldo,  
Requirió su muleta y tan rápido  
Como puede un cojo,  
Se alejó de la gruta hasta un metro,  
De alegría brillándole el rostro.

---

Mas ¡ay!, que en seguida  
Le alcanzó Leopoldo.  
Le cogió de una oreja y condújole  
Al asilo grútico entre gritos horribos.

---

Sin igual contraste,  
Contraste bellisimo

A los ojos del misero joven  
Ofrecen la niña y el atroz vestigio...:  
    El amor y el odio,  
    La virtud y el vicio  
La brillante gloria y el obscuro infierno,  
Lo inharmónico, en fin, y lo ritmico,  
    Prestábanles rasgos  
De su mutua aversión, que, fatídicos,  
    En el pobre monstruo  
Brillaban con mucho de sulfúreo y lívido  
    Y en la niña rubia,  
    Cual fuego divino  
    Que en lo bello atraenos  
    Y hacia el bien dirigenos  
Y es, emblema de todos los ángeles,  
En los santos, espléndido nimbo;  
    Candor, en las vírgenes;  
Inocencia, en los ojos del niño  
Y en los sueños de luz del poeta,  
Fantasmas de gloria, sentimiento hondísimo,  
    Que le presta alas  
Y le pone el amor en lo místico,  
Que en la hermosa virtud enamóranos  
Y en lo humano hace ver lo deífico.

---

La gloria, risueña,  
Con la faz el infierno muy fosca  
Por haberle el mancebo estorbado  
Que á mojarse tornara la córcoba,  
De nuevo acercáronse  
Y á ofrecer á Leopoldo volvieron  
El rarísimo y bello contraste.

---

Dos mendrugos mojados y negros  
Se sacó de un bolsillo muy hondo,  
Tras un grueso cuchillo oxidado  
Y un pedazo de espejo roñoso  
Que en el césped dejó con el mimo  
Con que besa un creyente un ex-voto,  
Con el mustio ademán de los presos,  
*Celipe el Hermoso*  
Y á comerlos muy serio se puso,  
Aun mojándolos más con su lloro

---

Deseando el mancebo magnánimo  
Las arrugas quitarle del ceño,  
A su vez se sacó de un bolsillo

Como siete céntimos  
Con más reña que penas su alma  
Y los dió al muchacho, que les dió mil besos,  
Le besó cuatro veces las manos  
Y á la niña otras tantas un dedo  
    Con sonrisas dulces  
    En los labios gruesos...  
Cuando Dios consiente que los monstruos rian,  
    Es que Dios es bueno.

Tronando seguía,  
Seguía lloviendo  
Y en la aldea las tristes campanas  
    Tocaban á muerto;  
    Seguían los pájaros  
Esperando en sus nidos el cese  
De la lluvia importuna, temblando  
Y al compás de mil truenos horrisonos  
    Y de mil relámpagos,  
Con el pétreo mendrugo en mil bregas  
Y los céntimos siempre en la mano,  
    Brillantes los ojos  
Y la enorme boca en las sienas,

Reíase el monstruo.

---

De la iglesia la torre grisácea,  
Por los débiles hilos de lluvia  
Y la humilde altitud de un montículo,  
Apenas mostraba su amarilla cúpula;  
Por un cedro coposo y gigante  
    La cruz medio oculta..  
Muchas veces humilla al soberbio  
Lo más bajo de todo: una tumba.

---

Por los sabinales  
Llegaron corriendo,  
Del asilo en busca,  
Los del raro entierro;  
Los más de ellos á mucha distancia  
De los que llevaban en hombros el féretro.

---

Situado en un hoyo,  
De desagües huérfano,  
Por haberse salido de madre

Las turbidas aguas de un arroyo estrecho,  
Se había inundado,  
Todo el cementerio,  
Que mostraba tan sólo en un ángel  
De un artístico túmulo el centro...  
¡Y el cadáver que estar no podía  
Sin tumba más tiempo,  
Por hallarse rindiendo el tributo  
Que el olfato oféndenos!...  
¡Infeliz cadáver!..: ¡No encontrar reposo  
Ni aun después de muerto!...

---

De la gruta en el fondo florido  
Pusieron la caja,  
Justamente en el sitio en que había  
Corolas más blancas,  
Y la tierra con risa de flores,  
Impía y sarcástica,  
Se reía, tal vez de que el féretro  
Con el llanto del cielo lloraba.

---

En busca de un coche,

Sombrios, corriendo,  
Por orden del cura,  
Dos hombres salieron  
Y muy pronto la lluvia ocultóles  
Por la carretera que conduce al pueblo.

¡Tristísimo cuadro!...:  
Riendo la tierra,  
Riendo y llorando...  
La mitad de los hombres afuera,  
Los cuerpos mojando;  
Leopoldo gimiendo y el menudo monstruo,  
Con rostro sarcástico,  
Sonando los céntimos,  
El cura y los otros rezando el rosario,  
Rezando Teresa,  
Contenido el llanto,  
De otra gruta florida en el borde,  
A una hermosa Virgen con un manto blanco,  
Para que á Leopoldo  
Devuelva el sosiego de los días plácidos...  
La Virgen de Lourdes  
La colma de abrazos,  
Pero no la dice

Por qué llora sin tregua el amado...

---

Del rezo aburrido,  
*Celipe el Hermoso*  
Por fin de la gruta  
Marchóse, en los ojos,  
Por hallarse libre,  
Retratado el gozo;  
Metióse en los charcos,  
Dejando en el lodo  
De la atroz muleta  
Mil recuerdos hondos,  
Y chapoteando,  
Con mil gritos hórridos,

Llegó adonde hallábase el pájaro muerto;  
Lo cogió de una pata y lanzólo  
Lo más alto que pudo y el pájaro  
Nuevamente cayó ante Leopoldo,

Cual tétrico símbolo  
De las ilusiones que, muertas, lloraba,  
Por el monstruo aplastadas el mísero.

---

Por los sabinales  
Del endriago la sombra fatídica  
Se perdió en un instante cual suelen  
Los recuerdos fúnebres de una pesadilla.

---

Y entonces sus blancas  
Narices de viejo  
De la gruta por entre unas rosas  
Asomó el Invierno;  
Sintióse en el antro  
Como helado beso  
Y temblaron las plácidas flores  
Al soplar de los fríos primeros.  
Se escuchó como voz moribunda  
Y el mancebo aun se puso más pálido  
Y en la voz, ¡oh, ilusión!, parecía  
Que lloraba el llanto.

---

«Yo tus negros pesares prometo  
Que hallarán en el blanco sudario  
De mis nieves consuelos divinos..  
Mas no, que te engaño

Y en tus penas la pálida muerte  
Te hallará como á aquel triste pájaro,»  
Decía á Leopoldo  
La voz del Invierno  
Con gélido soplo.

—  
«Cuando en niveo cendal trabajando  
Tus dedos de rosa,  
Pienses, ¡ay!, que llorando un mancebo  
Pensando en tu cara se pasa las horas,  
Sin ninguna esperanza en la vida,  
Sin ninguna ilusión en la gloria,  
Yo helaré dos lágrimas  
Que en tus lindas mejillas sedosas  
Rodarán, ¡pobres ojos azules!,  
Hasta el curvo perfil de una córcova ..»  
Le dijo á Teresa  
La voz, tan helada,  
Que la hería en el timpano apenas.

—  
«Cúando allá en tu modesta casita,  
Mientras rujan los vientos formando

Con las hojas del árbol escueto  
Remolinos rápidos,  
De rezos el libro  
Se vea en tus manos,  
De tu regla lo estricto y lo incómodo  
Te dirán mis labios,  
Y al mirar en el rostro negruzco  
De tu gélido hogar apagado  
Cuán triste es la vida,  
Por mí entre tus dedos temblará el breviario,»  
Volviéndose al cura, continuó, tan lacia  
Cual suspiro postrero de tísico,  
La voz antipática.

Y esta fué su oración al posarse  
Con afónico afán sobre el féretro:  
«¡Oh, gran Dios, qué lastima  
Que te hayas ya muerto!,  
Porque así no podré á todas horas  
Helarme en tus huesos.»

La voz apagóse

Y el frío y el viento  
Se dieron helado  
Diabólico beso.

---

Llegaron los hombres,  
Un coche trayendo,  
Que era, á más de único  
En todo aquel término  
Muy desmantelado,  
Muy sucio y muy viejo;  
Cargaron la caja,  
Pusiéronla dentro

Y, al mirar que, la lluvia arreciando,  
Por los hilos lluviosos, adusto,  
Ya asomaba su faz indecisa,  
Sombrio, el crepúsculo,  
Levantáronse el cura y los otros  
Y siguieron, rezando el rosario,  
Sin temor á la lluvia ni al lodo  
Detrás del cadáver;  
Lo: dos primos, llorosos, los últimos,  
Sin rezar, sin correr, sin hablarse...

---

El pobre mancebo  
Bebíase el llanto  
Y entonaba el cura  
Sus fúnebres cánticos  
Y al pasar el féretro  
Por junto á aquel pájaro  
De las alas niveas,  
Herido, apedreado,  
Sin mirar al muerto,  
Gritóle á Leopoldo:  
«¡Adiós, compañero!»

---

Caminaron mucho;  
Les cubrió la noche  
Y á tuestas su marcha  
Siguiéron veloces;  
Y el cura cantando...  
Y el cielo lloviendo...  
Yo no he visto otro lance más triste  
Ni espero ya verlo...

---

Por fuera mil sombras;

Mil sombras por dentro;  
Pavor en las almas  
Y por fin silencio,  
Por callarse el cura  
Que amenguar anhelaba lo tétrico  
De aquel azaroso  
Singular entierro...

---

Perdidos, sin brújula,  
Se dieron las manos  
Teresa y Leopoldo,  
De frío temblando;  
Sus fugaces luces  
Les mandaban horribles relámpagos,  
Y á favor de uno,  
Terrible, sotánico,  
Su nariz de trompo  
Les mostró, de una loma en la cima,  
*Celipe el Hermoso.*

---

Y animado el joven  
Por aquel concierto

De fantasmas, endriagas y brujas,  
Vestiglos y cuernos,  
Confesó á la niña  
Con mustios conceptos  
De su angustia mortal el insólito  
Horrible secreto.

—

«Ya sabes que estudio  
La ciencia anatómica,  
Que aspiro á ser médico ..  
¡Maldita la hora  
En que entró en mi cabeza la idea  
De estudiar una ciencia tan foscil...  
¿No es bastante horrorosa la vida?...  
¿No dan miedo bastante sus sombras,  
Para aun darla un aspecto más lúgubre  
Al mirarla al través de una autopsia?...  
Revolviendo libros  
Cubiertos de roña,  
De siglos con mugre,  
Mentiras amargas y verdades hórridas,  
Encontré ayer tarde  
Que es la boda entre primos un crimen  
De los más penables...

¡Pobre Teresinal...  
¡Pobrecito ángel...

---

Cuentan que los hijos  
Que de primos nacen  
Ó ciegos ó sordos  
Ó sin piernas, salen;  
Que unos pequeñitos  
Como los dedales,  
Otros tan enormes  
Como los gigantes,  
Yá con tantos dedos  
Cual ramas los árboles,  
Yá como salidos  
Con recuerdos de alguna catástrofe,  
Todos algo tienen  
De fenomenales...  
¡Pobre Teresinal...  
¡Pobrecito ángel...

---

¿Cuál es el origen  
De que *Toño* brame

Cuando asusta á todos  
Si la boca abre,  
De que un monstruo sea  
Como dos no hay tales?...  
No lo sabes, misera...  
No, no.... no lo sabes,  
Que si lo supieras,

Cuando me hizo llorar con su imagen  
De mi llanto y mi angustia el motivo  
Bien hubieras podido explicarte,  
Pues los padres del misero *Toño*  
Son primos carnales...  
¡Pobre Teresinal...  
¡Pobrecito ángel!...

—

No quería el secreto decirte  
Por no darte pena  
Sinó al despedirme  
Para ir á seguir mis estudios  
Á Puente-Jazmines...  
¡Mas, ¡ay!, que tu angustia,  
Como el alma muere  
Si el dudar la punza,  
No sería menor si ignorases

Que sólo consuélome si pienso en la tumba.

---

Mañana me marchó;  
Me voy para siempre...  
Sin tí nada ansío...:  
Tan sólo no verte,  
Pues fuera á mi alma volver á mirarte  
Morir veinte veces...  
El Cielo sepáranos;  
La tierra, en sus gérmenes  
Guardando la hermosa  
Figura latente  
De las flores gayas,  
De los brotes verdes,  
De mil bellas cosas  
Que son naturales,  
Se opone á que amémonos...  
Se oponen los árboles...  
Non hay nada en el mundo  
Que no nos rechace,  
Porque estas uniones  
Que entre primos hácese...  
¡Pobre Teresina!...

¡Pobrecito ángel...

---

La mísera joven  
Se cree que sueña...  
Mas nada responde...  
Mas ¿no son las lágrimas  
Elocuentes discursos á veces,  
Líquidas palabras?

---

Hablar bien querría;  
Pero hablar no sabe...  
¿Cómo pueden vivir las ideas  
Si en el pecho se lleva un cadáver?...

---

Llegaron á Icrania,  
Llegaron al pueblo,  
Chorreando los vivos  
Y goteando el muerto...

---

Dos manos muy frías

Enlazan sus dedos  
Y se dan, moribundas, dos almas  
El adiós postrero.

—  
Por la calle lóbrega  
Prosigue el entierro...

—  
Y sigue la lluvia  
Y una rosa de fuego despréndese  
De unas trenzas rubias  
Y quemantes cual fuego dos lágrimas  
Dos mejillas muy pálidas surcan...

¡Adiós, montañoso  
Ferruño de Icrania,  
Con su torre amarilla tan bello

Como un sueño de alegre vesania,  
Con su rojo terreno adornado  
    Con verde de viñas  
Y ese encanto que puso en los cielos  
El Señor y en las verdes campiñas!...

—  
    ¡Adiós, la aldehuela  
Donde queda una virgen llorando  
Con un llanto que nadie consuela!

—  
    De un tren en un coche  
    Solloza un mancebo,  
La ilusión de la dicha tan mustia  
    Cual la negra noche  
Cuando cierra sus párpados Febo.

—  
    Todo lo halla frío  
    Si lo prueba al tacto  
Y es que el misero siente el vacío  
De unas manos de niveo contacto.

—

Todo lo ve el triste  
Del color del oro,  
Y es que allá en su cerebro no existe  
Sinó el miedo de que otro conquiste  
De una niña muy rubia el tesoro.

Sólamente oye  
De voz argentina  
De un: «¿qué tienes, Leopoldo?» la angustia...  
¡Pobrecita alma!... ¡Desdichada victimal...

Por junto á una calle,  
De la calle aquella,  
De una niña muy rubia ve el talle  
Y el mirar de estrella;  
Porque iba la niña  
Más que nunca bella  
Con sus padres, llorosa, á la viña,  
Sin que amor se la salga á los ojos  
Ni el rubor la tiña;  
Y es que en sus abrojos  
Va la mísera joven tan presa,

Que no mira ni ve sinó enojós;  
Con los ojos el triste la besa  
Y, aun hallando valor en su angustia,  
Grita así: «¡Dios te guarde, Teresal!»...  
Se vuelve ella mustia  
Y en su marcha la máquina cesa.

---

En el coger agua  
Un instante se ocupa la humosa  
Maldecida máquina,  
Y una niña, muy bajos los ojos,  
Esta vez del rubor en los brazos,  
Así dice: «¡Él te guarde Leopoldo!»...

---

La máquina lanza  
Columnas de humo,  
Que suben, se agitan  
Y en los aires simulan el tùmulo  
De esos sueños que engañan al hombre,  
De esos sueños azules... y oscuros.

---

Movida del viento  
Se agita una cosa,  
De hermosura ayer tarde un portento  
Y hoy mustia y fangosa,  
De la calle en el suelo mugriento:  
La purpúrea rosa.

---

La miran entrambos  
Y se miran luego...:  
Si que hay cosas de veras tan tristes  
Como un raro entierro  
Por un suelo enlodado, de noche,  
Tronando y lloviendo...

---

«¡Adiós, rubia niña  
De rostro de nivel...  
Te han visto mis ojos  
Y no he muerto, ¡ay de mí, veinte veces»...  
Solloza el cuitado  
Y una niña se aleja llorosa  
Con el rostro pálido...

---

Su marcha reanuda  
La humeante máquina  
Y una hilera de coches la sigue  
Y en su seno muriendo va un alma,  
Que al sentir de los coches lustrosos  
Pintados de negro  
La impresión caprichosa y tristísima,  
Se figura asistir á su entierro.  
Por la fuerza arrástrala  
La máquina aligera,  
Por la fuerza oprímenla  
Sus penas hondísimas...  
¡Es mucha desgracia  
Que no más sea uno el espíritu  
Y las fuerzas que oprímenle, tantas!...  
¡Cobardes!... ¡cobardes!...:  
¡Venid una á una  
Y en número al menos seamos iguales.

Ya pasa la máquina  
Besando la viña  
Á que va con sus padres, llorosa,  
Á pasear sus dolores la niña...  
¡Adiós, los racimos

Sin la mancha aun del polvo grisáceo  
Que en la carretera  
Levantán los carros...  
Bien pronto, de nuevo  
Por él disfrazados,  
Los negruzcos seréis más blanquizcos;  
Más negros, los blancos...  
Del alma sois copia,  
Que el dolor, que es su polvo, al cubrirla,  
Si es que es mala, aun la vuelve más negra;  
Si es que es pura, aun la torna más limpia.

---

¡Adios, de la gruta  
Las semiencharcadas  
Corolas rojizas,  
Azules y pálidas  
Y el pájaro muerto,  
Prendido entre zarzas!..

---

Ya pasan de un túnel  
La horrorosa extensión obscurísima...  
¡Qué negro está el techol...

Las paredes parecen de endrina...  
Si estuviese del alma la entrada  
Tan abierta al primero que mire,  
Todas viéranse igual que aquel túnel;  
Por malas, las unas; las otras, por tristes...

—  
¡Qué largo es un viaje  
Si se ven unos ojos azules  
En cada árbol que pasa escondidos  
Con mirada fúnebre!...  
No tan sólo son coches de muerto  
Los que van con su cruz, enlutados  
Y llevando un féretro...  
Muchas veces un tren que sonríe  
Y en silbidos osténtase ajeno  
De la vida al dolor, en un coche,  
Aunque nunca dijéralo nadie,  
Conduce la muerte,  
Transporta un cadáver,  
Que tal vez sonríe  
Como un vivo mirando el paisaje.

—

Ya se ven las de Puente-Jazmines  
Artísticas casas,  
Tan hermosas cual mágico término  
De un viaje de hadas;  
Ya, del tren alejándose rápido  
El triste Leopoldo,  
De una obscura escalera en las gradas  
Encuétrase á poco,  
Y á una puerta, pintada de blanco,  
Con negros adornos,  
De una casa de huéspedes, llama,  
Reprimiendo mortales sollozos...

Y en tanto, una niña,  
Los ojos azules  
Fijando en la Virgen  
Que llaman de Lourdes,  
Mil penas solloza,  
Mil cuidados gime,  
Aunque el triste Leopoldo la quiere  
Y Dios y la Virgen...

¡Qué alegre es la vida  
De los estudiantes!  
Risueños, chispeantes,  
La mente abstraída  
Por la dulce huida  
De las fastidiantes  
Cátedras amantes  
De darles la ciencia que en su seno anida  
(¡Oh, ciencia aburridal),  
Gritar es su gozo;  
No pensar, su cielo,  
Y, en dulce alborozo,  
Su constante anhelo,  
Arrojar de la ciencia en el pozo,  
No quedándose de ella ni un trozo,  
De sus padres el santo desvelo.

¿Quién es aquel joven  
Que el claustro pasea,  
Sin buscar amistad en ninguno,  
Con disgusto de que alguien le vea,  
Con los ojos hundidos por tristes,  
Profundas ojeras,  
Sin la raya en el pelo, que, airoso,

Lucía otros tiempos; plantel de tristezas;  
Asilo de lutos;  
Colección de penas,  
Unas de suspiros, otras de zozobras  
Y lágrimas llenas...  
*La Muerte* le llama  
La turba risueña;  
*La Muerte* los ojos  
Más tristes no muestra;  
*La Muerte* á las veces, si el humor la ayuda,  
En las gorjas se agita maestra,  
Cuando impia búrlase  
De la angustia nuestra,  
Cuando mata al novio  
Y á la novia deja,  
Cuando al rico le quita la vida  
Y al pobre respeta,  
Cuando mata á algún vástago único  
Y no acude al vocear de una vieja.

—  
Si alguna mirada  
Niñas que del cielo la tienen prestada,  
Dirígenle airosas,  
La color le mudan,

Más pálido tórnanle,  
Á la ausencia ayudan;  
Le llevan á Icrania,  
Dos miradas de cielo le cruzan  
Y en la cruz que así forman le enclavan;  
Muerte danle en mil pálidas dudas  
Y el veneno sin par de sus gracias  
Le prodigan impías, sañudas,  
Risueñas, sarcásticas...  
No hay una, no hay una  
Que si es bella, penar no le haga.

---

Porque estas bellezas,  
Aunque sólo cópianla,  
Al triste recuerdan  
La de aquella doncella llorosa  
Que llaman Teresa  
Y que es más hermosa  
Que el amor cuando ríe y nos besa.

---

Yá van tan prendadas,  
Que parecen ninfas

Y tan alegradas  
Cual de un claro arroyuelo las linfas;  
Yá van tan modestas  
En el atavío  
Cual un claro arroyuelo en protestas  
De llegar á viejo sin llegar á río;  
Mas todas le traen  
Recuerdos al triste que producen frío;  
Marcela por blanca; Lucinda por rubia;  
La bella Dolores por su aspecto tímido,  
Aurora por lánguida;  
La ideal Violeta por su cutis fino;  
La elegante y esbelta Teodora  
Por su acento rítmico,  
La morena y aligera Gúdula  
Por su talle mínimo;  
La gentil Verónica  
Por su rostro humilimo;  
Y, en fin, todas, que en todas encuentra  
Lo que quiere entregar al olvido,  
Que en Teresa hay de todas, mas todas  
Ni aun son dignas de ser su vestido...  
¡Oh, memoria: fantasma, verdugo,  
Risa, y llanto, ilusión y martiriol...

---

Algunas, orondas,  
Van con su cortejo;  
Las caras, redondas;  
Derrochando, encendidas, gracejo,  
Y escuchando unas cosas muy hondas.  
¡Oh, qué pena tan pena el hallarlas  
Sonrientes, con risa de perlas,  
Sin poder en el gozo igualarlas,  
Sin lograr el olvido al mirarlas  
De la angustia que siéntese al verlas  
Con el bien que ilusiona sus almas,  
En tanto que vive  
La nuestra angustiada  
Por cuíta sin nombre,  
Riente y alada,  
Que el sosiego túrbanos  
Y en la vida plácida  
Nos fija los ojos,  
Los ojos del alma,  
Por más abatirnos,  
Que aquel que compara,  
Si es que sube al hacerlo, se pierde,  
Si es que baja al hacerlo, se salva...  
¡Oh, eternas angustias!...  
¡Oh, pródigas penas!...

Circuláis por el alma tan libres  
Cual la cálida sangre en las venas...

---

Con los ojos cerrados, á veces,  
Contempla el cuitado  
Junto á un fuego que chispas despide,  
De un hogar en el seno adorado,  
Que una niña muy rubia, cosiendo  
Y escuchando la voz de un barbado  
Rival importuno;  
Ni aun se acuerda si un primo la ha amado.

---

Y en tanto, una niña,  
Los ojos azules  
Fijando en la Virgen  
Que llaman de Lourdes,  
Mil penas solloza,  
Mil cuidados gime,  
Aunque el triste Leopoldo la quiere  
Y Dios y la Virgen.

---

¡Oh, celos rabiosos!,  
¡Oh, cárdenos celos!...  
Más quemáis en el alma que os busca  
Que unos ojos negros  
De esos luminosos y centelleantes,  
Envidia del fuego.

---

¿Cuántos son los odiados galanes  
Que á la niña rondan?...  
Infinitos: contarles no puede...  
Y ella á todos recibe gozosa...:  
¡Fantasmas!... ¡Delirio!...  
¡Cuántas veces un daño buscámonos  
Y en teniéndolo, á Dios maldecimos!...

---

¡Pero ella, la niña  
Tan modesta y púdica,  
Del recato, espejo;  
De lo vano, tumba;  
De prudencias, vaso;  
De las buenas, brújula;  
Prestando el oído,

Los ojos prestando,  
No ya á otro mancebo,  
Sinó á más de cuatro ..  
Risueños los ojos,  
Risueños los labios,  
Risueñas las rosas  
De su rostro cándido!...  
¡Oh, necias; oh, vanas  
Imaginaciones

Las que pasto y tormento insufrible  
Ser suelen del joven!...:  
Para un mal con que Dios nos castiga  
Mil se forja, y ¡qué horribles!, la mente,  
De sí propia mortal enemiga...

De su mesa en un ángulo yacen  
Los libros de texto,  
Sin abrir, con las vírgenes páginas  
Quejosas por ello,  
Predicando mil cosas muy cucas  
De músculos, huesos,  
Ligamentos, arterias, cartílagos  
Y vasos y nervios...  
¿Para qué necesita Leopoldo

Saber que son éstos  
Unas cuerdas muy largas, muy finas,  
Cual las de una guitarra, en que el dedo  
Del dolor tocar suele sus fúnebres  
Odiados conciertos,  
(Que así un célebre autor, gran filósofo,  
Define los nervios),  
Si en su misero, flácido, lánguido,  
Decaído cuerpo  
Su dolor en sus nervios imita  
Las campanas que tocan á muerto?...

Ver no quiere un libro  
Ni hojear un periódico,  
Porque teme encontrar en sus páginas  
Pesares, si nuevos, cual los viejos, pródigos,  
De esos que el remedio  
Tras la muerte guardan...  
Cuando el alma está muerta, ¡Dios mío!,  
En el irla á enterrar ¡cómo tardan!...

Del teatro huye,

Porque son las comedias imagen  
De todas las penas  
Que el sosiego mátanle;  
Todas son amores  
Que Dios contraría,  
Doncellas que lloran  
De noche y de día...  
Galanes que buscan  
La vida en la muerte  
Y ansiando la tumba,  
Cual pájaros muérense,  
Con timidas, turbias  
Vocecitas débiles...

¡Qué impresión de dolor y de frío  
Da el Teatro á las veces, Dios míol...

No hay nada más triste  
Que mirar como pagan los hombres  
Para que otros sus ayes imiten...

En la arena del triste recinto  
Do viven los muertos  
Las pisadas se oyen de un alma  
Que vive muriendo,  
Y un mancebo, mirando la luna,

Con cara de espectro,  
Se sonríe, pensando en que pronto  
Vivirá sin la vida allí dentro...  
Bajo un mustio ciprés que se inclina  
De una losa muy vieja y rajada  
Sobre el rostro, que besan llorando  
Del viento y del frío las gélidas alas,  
Pasa el triste dos horas dichoso  
Con su novia la pálida Muerte;  
    La besa en los ojos,  
    Oprime sus manos  
    Y en dulces coloquios  
El cuitado, con ella en mil viajes,  
Por el bello país de los sueños,  
Sin pensar que la Muerte á los jóvenes,  
    Con púdicos besos,  
Vender suele en locuras análogas  
De imposibles placeres el vértigo,  
Tanto goza, que, hiriendo su timpano,  
Tras de haber una fosa cavado,  
Con las llaves, cerrando las puertas,  
    Un hombre muy bajo,  
Que, además de ser corto de vista  
    Y un poco gznápiro,  
Se encontraba en el mundo en que agitanse

Los que están borrachos,  
Que está preso en las cuatro paredes  
Del fúnebre patio  
Con la Muerte, entre sueños de rosa,  
No advierte el cuitado.  
Cuanto más de la novia contempla  
Lo horrible y lo pálido,  
Más y más, ¡infeliz!, ilusionáale  
Los sueños fantásticos,  
Y ya ve que, á su boda acudiendo,  
Vestida de blanco,  
De azahar y laurel coronadas,  
Y, airosos, flotando,  
De la brisa á los lúbricos besos  
El brillo entregado,  
Sus lindos cabellos,  
Sus cabellos áureos,  
Sonriendo, las vírgenes Dichas  
Felicítanle en célicos cánticos.

---

De salir observando que es hora,  
Con prisa levántase  
Y al buscar de la puerta negruzca  
La tétrica llave,

Como á un muerto que entierran con vida  
Acongójanle horribles imágenes...

La luna se esconde,  
Las sombras le envuelven  
Y el misero joven  
Da diente con diente...  
Y escucha un ruido  
Y un silbo estridente  
Y á sus piés deslízase  
Terrible serpiente...  
Se interna en las calles  
Y al crujir la arena,  
Que la capa quítanle  
Las sombras se piensa...

¡Tanto y tanto requiebro á la novia  
Para luego olvidarla temiéndola!

---

Mas, ¡oh, cielos!, doblando una esquina  
Le quitan la capa  
Y el vestigio postrer del reposo,  
Con ella, del alma...  
Al ciprés se torna;  
Recuerda la gruta;  
Recuerda de *Toño*

La cara de bruja;  
Los ojos recuerda  
De la niña rubia;  
Salen del conífero  
Batiendo las alas catorce lechuzas  
Y la puerta ábrese  
Y un entierro se acerca á su tumba.

Entre piedras el féretro arrojan  
Cual si fuera algún saco de paja  
Y el silencio tres ecos enojan,  
Que al cuitado doncel se le antojan  
Maldiciones del muerto en la caja.  
Cuando al hoyo bajaron el féretro  
Lloraron dos hombres...:  
¡Cuál reirán los muertos  
Que del cielo gozan  
Cuando les sepultan  
Sus parientes con tantas congojas!...  
¡Llorar por el alma  
Que se halla en la glorial!...

Escuchando el mancebo el ruido

Que produjo el féretro  
De la tumba al llegar á lo hondo,  
De su novia la Muerte con celos,  
Asaltóle una envidia muy rara  
Del goce del muerto  
Y alejése del triste recinto,  
Dejando la capa,  
Como ex-voto, colgada del busto  
De un ángel de ágata.

Mas, ¡oh, cielos!, ¿qué han visto sus ojos,  
Rendidos de sueño,  
De un librote en las páginas mustias,  
Ya desnudo y metido en el lecho?  
No, no... No es engaño,  
Que bien claro lo ha visto en el libro:  
«En bien de las razas  
Deben sólo casarse los primos»...  
¡Y el gran embustero  
De aquel otro librote maldito,  
Cuyos dichos creyera el muy cándido,  
Que el contrario consejo le dijo!...

Del lecho se lanza;  
Se viste en un soplo;  
Las tétricas calles  
Atraviesa en otro  
Y en el tren postrero  
Del día dichoso  
Se vuelve al de Icrania  
Terruño montuoso,  
De sí propio y del mundo burlándose  
Cuando piensa en el misero *Toño*.

Las estrellas ríen  
Y ríe la luna;  
Sus rosados sueños  
De nuevo le buscan  
Y al tocar de Teresa en la casa,  
Los albores del día despuntan.

De la niña, que aun duerme, la madre,  
Por haberle ya visto, gozosa,  
La puerta le abre...  
La entera él de todo

Y á la estancia en que duerme Teresa  
Le conduce, llorando de gozo:

---

Sonríe entre sueños  
La niña dormida...:  
Dios es bueno, que en sueños y todo  
Consiente la dicha...  
En tan plácido sueño al mirarla,  
Despertarla teme  
La emoción del dichoso mancebo...  
Mas ella se mueve;  
De espaldas al joven  
Intenta volverse  
Y abriendo los ojos,  
Como una insensata  
Los fija en Leopoldo...

---

Tres séres se estrechan  
Riendo y llorando  
Y el sol les envuelve  
Con rayos dorados...  
En tres almas qué al cielo bendicen

La paz alborea,  
Y en una medalla  
Que de Lourdes la Virgen enseña,  
Sonrientes, Teresa y Leopoldo,  
Con transporte hermosísimo, besan.

FIN

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
«Abel» . . . . .	5
«Alborada», . . . . .	33

